Universidades Lusíada

Diuana, Macarena

Pobreza, marginalidad y salud mental

http://hdl.handle.net/11067/3940

Metadados

Data de Publicação 1994

Resumo Neste artigo faz-se uma breve resenha do conceito de pobreza e das suas diferentes abordagens teóricas. En este artículo se hace una breve reseña al concepto de pobreza y a sus diferentes enfoques teóricos. Se hace también referencia a la marginalidad como problemática social asociada a la pobreza y a las poblaciones afectadas por ésta. Nos centramos en los aspectos más específicos que tienen que ver con la relación entre pobreza y la salud mental. Se consideran sus factores psico-sociales y clí...

Palavras Chave Pobreza, Pobreza - Aspectos psicológicos, Saúde mental - Aspectos económicos, Pobres - Saúde mental

Tipo article

Revisão de Pares no

Coleções [ULL-ISSSL] IS, n. 09 (1994)

Esta página foi gerada automaticamente em 2024-10-12T09:39:54Z com informação proveniente do Repositório

http://repositorio.ulusiada.pt

POBREZA, MARGINALIDAD Y SALUD MENTAL *

Macarena Diuana **

Resumen

En este artículo se hace una breve reseña al concepto de pobreza y a sus diferentes enfoques teóricos. Se hace también referencia a la marginalidad como problemática social asociada a la pobreza y a las poblaciones afectadas por ésta. Nos centramos en los aspectos más específicos que tienen que ver con la relación entre pobreza y la salud mental. Se consideran sus factores psico-sociales y clínicos en juego. Estos factores se relacionan y se incluyen entre sí, los cuales juegan un papel importante en las dinámicas de la identidad del individuo.

Resumo

Neste artigo faz-se uma breve resenha do conceito de pobreza e das suas diferentes abordagens teóricas. Faz-se também referência à marginalidade como uma problemática social associada à pobreza e às populações afectadas por esta. São focados os aspectos mais específicos que têm a ver com a relação entre pobreza e saúde mental. Consideram-se os seus factores psico-sociais e clínicos em jogo. Estes factores relacionam-se e incluem-se entre si, jogando um papel importante nas dinâmicas da identidade do individuo.

Abstract

In this article we give a brief description of poverty concept; of its differents theories; of marginality as a social problem related with poverty; and of its affected populations. Finally, we focus on those specific aspects concerning the relationship between poverty and mental health. In this analysis we consider psycho-social and

---

* Este artículo está basado en el trabajo "Pobreza, Marginalidad y Salud Mental" realizado por la misma autora.

** Licenciada en psicología en la Universidad Católica de Chile. Obtuvo el grado de maestrado en la Université Catholique de Louvain

clinical factors, all related between them and playing an important role in the individual identity dynamics.

INTRODUCCIÓN

La mayor parte de la humanidad vive en estado de pobreza absoluta, siendo ésta una realidad mundial, sea cual sea la forma en que se presente. El estudio de la pobreza se ha vuelto importante para distintas disciplinas dado que constituye una problemática social que afecta el desarrollo de quienes la sufren y supone graves riesgos para su salud física y mental. Su caracter complejo permite el abordaje de variadas disciplinas que colaboran en la comprehensión de sus dinámicas y en el aporte de soluciones. En el campo de la salud mental, se observa una gran necesidad de intervención de los profesionales tanto en la investigación como en la acción. Sin embargo, los estudios realizados son escasos y se han limitado principalmente a aspectos meramente descriptivos, sin profundizar en las dinámicas y vivencias que operan en el individuo o en los grupos. En este sentido ha faltado un mayor aporte de la clínica psicológica y psiquíatica. Por otra parte, la mayoría de los estudios existentes se han dirigido casi exclusivamente al sub-proletariado, sin tener presente aquellos otros grupos que no pertenecen a la pobreza estructural y permanente, pero viven en situación de pobreza debido a cambios socio-económicos sufridos. La inclusión de estos otros grupos permite ampliar el concepto de pobreza y enriquece el estudio de sus dinámicas.

Para comprender la problemática de la pobreza en relación a la salud mental es importante situarse en su contexto complejo, tomando en cuenta el aporte multidisciplinario. En lo que que corresponde especificamente a la psicología, es importante situarse en una perspectiva psico-social que incluya elementos clínicos que permitan comprender y abordar su problemática.

Dado lo anterior, en este presente artículo se hará una breve reseña al concepto de pobreza, a sus diferentes enfoques teóricos, a la marginalidad como problemática social asociada y a las poblaciones afectadas por ésta. Finalmente nos centraremos en los aspectos más específicos que tengan que ver con la relación de la pobreza y la salud mental, considerando sus factores psico-sociales y clínicos, los cuales se relacionan y se incluyen entre sí y juegan un rol importante en las dinámicas de la identidad del individuo.

DESCRIPCIÓN DEL CONCEPTO DE POBREZA

En la vida cotidiana, nos encontramos con definiciones de la pobreza basadas en prejuicios y esteriotipos sociales. En la Edad Media el pobre era visto como algo

sagrado y místico, pero con el capitalismo esta visión se invierte, evolucionando a una condenación moral, donde el pobre es culpabilizado por su pobreza: perezoso,peligroso, salvaje, débil, incapaz.

Estas definiciones del pobre ponen toda la responsabilidad de la pobreza en aquellos que la sufren, excluyendo así a otros componentes de la sociedad. Es importante ver la pobreza en relación a la sociedad, como un estado que resulta del disfuncionamiento de ésta, y que por lo tanto, no existe fuera de ella. La pobreza se constituye en la sociedad, en interacción con la no-pobreza (Burquel, 1989).

Es importante destacar que la noción de pobreza es relativa, es decir que todas las definiciones de la pobreza son establecidas sobre bases comparativas con el resto de la sociedad (Labbens, 1978; Gissi, 1986; Burquel, 1989; Libine, 1991). Este carácter relativo de la pobreza hace que su definición sea poco operacional en terminos cualitativos.

Gissi (1986) plantea que todos los autores diferencian la pobreza absoluta de la pobreza relativa. La pobreza absoluta la define como la imposibilidad de satisfacer las necesidades básicas para el desarrollo y conservación de la vida. En este sentido, la pobreza absoluta es pobreza en sí, independiente de las personas afectadas, no así la pobreza relativa que depende de la comparación con otros y del nivel de aspiraciones. Por el carácter cualitativo de la pobreza relativa, ambos tipos de pobreza no son mutuamente excluyentes, a diferencia de los conceptos definidos por Stoffels (1989) basados en criterios más cuantitativos. Este autor distingue entre pobreza y extrema pobreza, coincidiendo esta última con la definición de pobreza absoluta planteada por Gissi, añadiendo su caracter repetitivo a través de la generaciones. La primera la define como un estado de desigualdad, carencia que dificulta a la persona vivir al ritmo de la sociedad, ubicándose su nivel de posesión en el umbral de la subsistencia mínima

ENFOQUES DEL FENOMENO DE POBREZA

Existen diversas corrientes teóricas que tienden a explicar el fenómeno de pobreza, tanto en sus orígenes (el convertirse en pobre) como en su permanencia. Estas teorías obedecen a distintos criterios ya sean socio-económicos, políticos y socio-culturales. La pobreza es un fenómeno complejo que necesita de todos estos enfoques, los cuales se relacionan entre si. Sin embargo estos han sido los clásicos enfoques que se han acercado al estudio de la pobreza en una dimensión casi siempre objetiva. La dimensión subjetiva ha ido tomando cada vez más importancia y se ha ido incorporando de forma complementaria a los enfoques más objetivos y cuantitativos. Es así como las vivencias de la pobreza comienzan actualmente a ser objeto de estudio, especialmente para aquellos profesionales de la salud mental, sin embargo falta todavía mucho que hacer en esta area. En un enfoque más sociocul-

tural, especialmente en lo que se refiere al concepto de sub-cultura de la pobreza planteado por Oscar Lewis (1965), también son considerados algunos factores psicológicos como productos y causas de la situación de pobreza. Por ejemplo, a nivel del individuo, la cultura de la pobreza engendra un sentimiento de marginalidad, impotencia, dependencia e inferioridad, llevando a la persona a una resignación ante la suerte (Labbens, 1978). Para Lewis la cultura de la pobreza se refiere a cierto estilo de vida compartido por algunos pobres, con sus propios códigos de conducta y sistema de valores. Sin embargo, algunas de las características de la pobreza planteadas por el autor podrían corresponder a un fenómeno de adaptación y no a algo cultural.

Libine (1991) plantea un enfoque que denomina "enfoque identitario", el cual se refiere a los aspectos fenomenológicos y psicológicos de la pobreza. Su definición de la pobreza se establece bajo criterios identitarios. Según este enfoque, es pobre aquel que se percibe como tal, tanto en sus sentimientos de carencias en relación a la sociedad global como en sus sentimientos de pertenencia a un grupo cultural, que la persona reivindica como suyo y es visto como tal por los otros. Este enfoque incluye también a aquellos que no pertenecen al sub-proletariado o a la cultura de la pobreza definida por Lewis, pero que por razones generalmente socio-económicas descendieron en su escala social cambiando su realidad a una situación más precaria de existencia.

POBLACIONES AFECTADAS POR LA POBREZA

Existen varias poblaciones afectadas por la pobreza de manera e intensidad diferente. Se observa que la mayoría de los estudios se refieren, por lo general, al sub-proletariado. Sin embargo, si ampliamos la noción del pobre podríamos incluir a otros grupos sociales, llamados "precarios", que no pertenecen a la pobreza estructural y permanente, pero que debido a cambios socio-económicos y políticos se encuentran actualmente en una situación precaria y marginal (Brébant, 1984; Libine, 1991).

Sub-proletariado: El sub-proletariado, llamado cuarto-mundo en los paises desarrollados, corresponde a la capa social situada en lo más bajo de la escala social. En los paises desarrollados se distingue al proletariado (el obrero) del sub-proletariado,especialmente por la irregularidad del trabajo y de los ingresos de este último. Sin embargo, en los paises más pobres ambos grupos se confunden debido a la pobreza y marginalidad en que muchos obreros se encuentran, especialmente en los periodos de crisis socio-económicas.

El sub-proletariado no se ha integrado en la civilización industrial, quedando casi totalmente al margen de la sociedad dominante, sin acceso a sus servicios (educación, salud, entre otros) y sin poder de actuación en ella. Esto lleva a estos gru-

pos a desarrollar sus propias pautas de comportamiento y valores para subsistir. Por lo general, acumulan una serie de actividades temporales bajo la forma de trabajo salariado no calificado o no salariado. Sus actividades son intermitentes, variables en su duración y naturaleza, no teniendo así una historia profesional. La pobreza de estos grupos se transmite de generación en generación, con escasas posibilidades de movilidad social.

Los "precarios": La cesantía y la baja del poder de compra han multiplicado los riesgos de convertirse en pobre, existiendo capas sociales más vulnerables para esto. La trayectoria social de estas personas, sus características socio-culturales y su frecuentación a las instituciones sociales las diferencian de aquellas poblaciones afectadas por la pobreza "persistente". Además, conservan, al menos durante un tiempo, los puntos de referencia y los valores de su posición de origen.

La crisis para este grupo es un proceso y no un estado. Pueden evolucionar, según factores endógenos o exógenos, tanto hacia un regreso a lo anterior, es decir, al grupo de referencia de origen, o a una identificación con el grupo social de los pobres engendrada por una situación de carencia que se perpetua en el tiempo (Libine, 1991). Libine define a estas personas como pertenecientes al grupo social mayoritario, identificadas con él, que han perdido en un contexto particular ciertos atributos de este grupo y que se encuentran incapaces de concordar su nueva realidad con sus referencias identitarias.[1]

Generalmente estas personas pertenecen a la clase obrera europea. Es raro encontrar a grupos de profesionales calificados, dado que poseen recursos personales y sociales que les permiten sobrellevar la crisis. Sin embargo, en los paises más pobres, la clase media podría verse fuertemente afectada por una situación de crisis y entrar dentro de esta clasificación. También se podría observar este fenómeno en grupos de inmigrantes, especialmente en refugiados políticos, quiénes en sus paises de origen tenían tanto una participación activa como pasiva en la sociedad. En su situación de extranjeros, no sólo bajan en su nivel económico, sino que también pierden *status* y poder al perder también sus redes sociales de apoyo.

MARGINALIDAD

Si bien el concepto "pobreza" y "marginalidad" no son lo mismo, ambos se encuentran estrechamente relacionados. La marginalidad se puede deber a factores

[1] En algunos paises sub-desarrollados el grupo social dominante no corresponde a la mayoría de la población. En este caso, se podría hablar de familias integradas a la sociedad que han descendido en su nivel socio-económico.

socio-económicos, socio-políticos, demográficos, culturales y a factores psico--sociales y de personalidad. Por marginalidad se entiende la falta de participación de los individuos y grupos en aquellas áreas en que, según determinados criterios, deberían participar. La participación significa el ejercicio de roles concebido en su amplio sentido. Esta participación puede ser activa y/o pasiva. Esto implica actuar como no actuar (producir o consumir), dar y recibir, tener obligaciones como también derechos (por ejemplo: derecho a la educación y el deber de educar)(Vekermans y Silva, 1969; Germani, 1980).

Libine (1991) distingue la marginalidad de la exclusión definiéndolos como dos fenómenos diferentes en términos de elección y reversibilidad. En cuanto a la exclusión, el autor la define como "un comportamiento social que se aplica a un grupo o a un individuo identificandolo como diferente y al cual se le rechaza o se le niega una identificación mínima posible a su propio grupo" (op. cit., pág. 11). Al excluido no se le considera como igual sino como un ser diferente en el sentido peyorativo. El excluido no elige su *status* sino que éste le es impuesto del exterior, por lo tanto le es más difícil salir de esa situación, es decir, integrarse.

Por lo contrario, el marginal elige voluntariamente su posición, rechazando las normas mayoritarias. En este sentido, este acto es reversible, teniendo así la oportunidad de reintegrarse.

La marginalidad y la exclusión planteadas por Libine parecieran ser dos fenómenos excluyentes. Sin embargo, esto podría discutirse, ya que muchas veces un individuo se margina, o mejor dicho, se automargina debido a una fuerte presión social, es decir, debido a la presión que el grupo ejerce al excluírlo implicita o explícitamente. El rechazo del grupo es tal, que la persona excluída opta por marginarse o alejarse de él rechando sus reglas y valores. Es así como algunos pobres no sólo son excluídos de la sociedad sino que ellos mismos se marginan, como defensa a la vivencia de sentimientos penosos, rechazando la integración a ésta.

POBREZA Y SALUD MENTAL

La pobreza conlleva ciertas consecuencias psicológicas tanto a nivel conductual como también a nivel afectivo y cognitivo. Muchas de estas consecuencias corresponden a comportamientos adaptativos a la situación de pobreza y exclusión, convirtiéndose también en causas de éstas. Por otra parte, este comportamiento adaptativo lleva al profesional de la salud mental a cuestionarse sobre la determinación de la patología y la necesidad de la intervención. En este sentido, se hace necesaria una definición de la salud mental en el contexto de la pobreza. Para esto, es importante considerar que el mantenimiento del equilibrio psíquico y el desarrollo integral de un individuo dependen no sólo de factores internos, sino que también de las condi-

ciones ambientales que, en el caso de la pobreza, amenazan constantemente al individuo.

Puede ser amplia la descripción de los factores psicológicos que acompañan a la pobreza, por lo tanto en este presente artículo sólo se abordaran aquellos más nombrados por los autores. Estos factores se pueden dar en todas la situaciones de pobreza, apareciendo en algunas u otras con más frecuencia e intensidad. Además estos factores se relacionan unos con otros y se incluyen entre sí, jugando un papel importante las dinámicas de la identidad del sujeto.

CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DE LA POBREZA

La vergüenza

La vergüenza es un sentimiento que tiene una génesis fundamentalmente social, asociado a la mirada del otro, a sentirse diferente de los demás y a la sensación de ser invalidado en lo más profundo del ser. Es un sentimiento negativo que contacta al individuo con su bajeza, indignidad y desvalorización. Es un sentimiento penoso causado por una herida narcisística profunda, una caída frente al ideal del Yo (Brébant, 1984; Gaulejac, 1989). El pobre se avergüenza de lo que es y de su pertenencia social. La vergüenza expresa una necesidad de consideración frente a la falta de reconocimiento de sus derechos fundamentales.

El individuo interioriza la mirada negativa y el juicio enviados por el otro, convirtiéndose en su propio juez condenador, lo que lleva a una perdida de su autoestima y respeto por él mismo. El individuo se culpabiliza de su miseria al interiorizar la imagen negativa y juicio de los otros. La persona justifica ella misma su miseria por el heho que ella es "mala" y no digna de ser tratada de otra forma. El riesgo de esto está en que la persona termine comportándose como los otros lo ven por un mecanismo de profecía autocumplida (Fontaine, 1992).

La vergüenza incapacita al individuo, o lo hace sentirse impotente y por lo tanto, lo limita en su acción, engendrando la pasividad y el encierro en sí mismo. El pobre esconde su situación, evita salir de su barrio, hablar de su pasado, encontrarse con otros de diferente *status* (Gaujelac, 1989). Se muestra apático e inseguro en la búsqueda de un empleo, desvalorizandose en sus capacidades.

Por otra parte, la vergüenza impide muchas veces la descarga directa de la agresividad causada por la humillación. La persona dirige esa agresividad contra sí misma (op. cit.). Esta autoagresión conlleva altos riesgos físicos y psíquicos, pudiendo llevar a la persona a entrar en un círculo viscioso de desvalorización externa e interna, y por lo tanto a un camino sin salida de su situación. Junto con esto, su marginalidad aumentaría y sus posibilidades de desarrollo se verían disminuidas.

En cuanto a la familia, la pobreza degrada y humilla, pero sobre todo destruye la imagen de los padres y en consecuencia la imagen ideal del niño. Por una parte, el niño comparte la vergüenza de su medio, de su familia, a través de múltiples detalles de la vida cotidiana que suscitan el desprecio de otros, el rechazo y la estigmatización. Por otra parte,el niño tiene vergüenza de sus padres y vergüenza de avergonzarse de ellos. El ve a sus padres desvalorizados, rebajados y humillados. Esta visión provoca en él una mezcla de sentimientos de rabia, odio, frustración y desilusión, entre otros (op. cit.).

Esta vergüenza sentida mete al pobre en una contradición que destruye su identidad social. Se hace necesario ser diferente al grupo de origen, a aquellos que son como él. En consecuencia, la persona se identifica y construye su identidad en base a aquellos que lo rechazan. En el plano individual, la vergüenza se manifiesta cuando el pobre trata de mostrar su adhesión al sistema y normas dominantes (por ejemplo: mostrar sus objetos adquiridos). En un plano colectivo, la vergüenza se nota en la lucha constante contra la estigmatización (Stoffels, 1989; Gaulejac, 1989).

Ante la vergüenza el pobre utiliza mecanismos de defensa adaptativos que no siempre son eficaces: la negación (la persona hace como si nada ha pasado lo que le permite conservar la imagen ideal del Yo), la resignación (el sujeto acepta la imagen negativa) y la sumisión, el aislamiento (encerrarse en sí mismo y evitar las situaciones sociales) y el sado-masoquismo (convertir el dolor en placer o identificarse con el agresor proyectando el desprecio sobre una víctima). También se observan como mecanismos más adaptativos: la ambición (invertir en una imagen de sí poderosa), la venganza (dirigir la violencia al exterior pero de manera diferida), y la sublimación (dirigir la libido narcisística hacia un objeto amoroso extra humano) (Brébant, 1984, Gaulejac, 1989).

La autoestima

La frustración de las necesidades socio-económicas implica también una frustración en algunas necesidades psíquicas como, por ejemplo, la autoestima. En las sociedades occidentales la autoestima esta fuertemente relacionada al exito, lo cual se mide en términos de *status* y símbolos de *status* (bienes, educación y poder, entre otros) (Gissi, 1986). La clasificación dentro de un *status* bajo, la estigmatización, el rechazo, la desvalorización y el juicio hacia los pobres influyen en su autoestima convirtiéndola en algo negativo y carente. El pobre introyecta esta desvalorización entregada por otros, lo que lo lleva a autopercibirse como algo que no vale nada. "La desvalorización narcisística es la consecuencia psíquica de la desvalorización social" (Burquel, 1989, pág 55).

En las familias populares, la autoimagen negativa se observa también como consecuencia a la frustración de la realización de sus metas. Estas metas corresponden a la satisfacción de las necesidades de afecto (amor, intimidad, y protección), de poder (sentirse capaz para resolver eficazmente los problemas), y de significado (sentirse valorados por otros y tener un sentido de pertenencia). El logro de las metas se ve interferido, tanto por la frustración de sus necesidades básicas como por el desarrollo de estrategias familiares rígidas de supervivencia (Diuana y otras, 1990).

La autoestima baja suele estar ligada a la culpa y a la angustia, sentimientos frecuentes en la personalidad del pobre. La angustia deriva del sentimiento de inseguridad y de la frustración de las necesidades biológicas. La culpa se relaciona con la estigmatización y con la internalización parcial de normas y valores de otras clases o culturas, normas y valores que por lo general los pobres no pueden satisfacer, como por ejemplo, dar a sus hijos una alimentación adecuada y educación (Gissi, 1986).

La violencia

La violencia y la agresión se relacionan con la frustración. En la situación de pobreza, las reiteradas frustraciones y la incapacidad de transformar el ambiente llevan a la persona a conductas agresivas y violentas. Esta violencia corresponde muchas veces a conductas adaptativas frente a la imposibilidad de comprensión y de hacer frente a las situaciones de injusticia. Es una forma de sentir que así domina las situaciones y el contexto (Brébant, 1984; Stoffels, 1989).

La agresividad en las clases populares es frecuente y a la vez es legitimada como conducta, expresandose claramente en las familias. Se observa la agresividad del hombre hacia la mujer como conducta asociada al machismo, y la agresividad hacia los hijos como medio de socialización. De esta manera, la agresión se va convirtitiendo en una conducta aprendida (Gissi, 1986).

La ambivalencia

El pobre experimenta sentimientos ambivalentes hacia sí mismo y sus motivaciones, hacia la sociedad global y hacia sus pares, lo que afecta a su identidad. La ambivalencia hacia sí mismo tiene que ver con su constante lucha para autovalorizarse y autoreconocerse. El individuo se aprecia y se menosprecia a la vez. Para lograr esta mirada positiva de sí, recurre a variados mecanismos de defensa, muchas veces ineficaces, que lo llevan a un desgaste de energía en desmedro de su desarrollo. En cuanto a las motivaciones, se observa que el pobre reivindica normalidad

en su modo de vida. Sin embargo, se muestra resistente ante las intervenciones de ayuda.

Ante la sociedad, el pobre es ambivalente en la apropiación de las reglas y normas. Muchas veces dicen reconocerlas y asumirlas. Sin embargo, sus conductas muestran lo contrario. La exclusión social puede conducir a un quiebre con las normas tradicionales, como también a una integración extrema de ellas, adoptándolas con rigidez e intolerancia, como una forma de sentirse incluido en otras clases sociales. Esto explicaría ciertas conductas consumistas, cuyo objetivo es obtener aquello que les permita parecerse a los otros, y por otra parte, las fuertes críticas a aquellos que quebran las reglas sociales (por ejemplo, condenan duramente a las madres solteras) (Brébant, 1984; Gissi, 1986).

En cuanto a la ambivalencia hacia los pares, la pertenencia a un grupo socialmente desvalorizado confronta al individuo a la necesidad de mantener una solidaridad, una ayuda mutua para afrontar la miseria y la exclusión. Por otra parte, el individuo intentará diferenciarse de los suyos, despreciándolos, como una manera de librarse de la vergüenza que suscita esa pertenencia (Gaulejac, 1989).

La vivencia del tiempo y el espacio

El espacio y el tiempo son dimensiones, relacionadas entre sí, fundamentales para el individuo y la familia. El espacio de una familia es la manera en que ella regula la proximidad y la distancia, los lazos y los límites, la socialización y la individuación. El tiempo de una familia es la forma en que ella administra el mantenimiento y el cambio, la continuidad y la adaptación, la estabilidad y la flexibilidad (Fontaine, 1992).

En el caso de la pobreza, estas dimensiones se ven fuertemente afectadas. Las condiciones socio-económicas destruyen los ritmos cotidianos de las personas volviéndolos inestables. La persona necesita de la estabilidad de los ritmos para poder manejar adecuadamente su tiempo. En este caso, la falta de trabajo estable y el desempleo rompen la cadena de un horario regular que modere los ritmos de la persona. Es así como el tiempo en el pobre se hace anárquico, caótico y rígido, cambiando constantemente para satisfacer las necesidades inmediatas y vitales, (Brébant,1984; Fontaine, 1992). El tiempo se vuelve imprevisible y los eventos se hacen difíciles de ordenar, ocasionando en la persona fuertes sentimientos de inseguridad.

En su vivencia del pasado, se observa en el individuo un desarraigo que lo afecta en su identidad, la cual integra los elementos de este pasado para su formación. Este desarraigo se relaciona con la inseguridad vivida ante un pasado lleno de fracasos sufridos y ante la impresión de no tener progresos, en la vida. En este sentido, el pobre tiende a reprimir su pasado, quedando vacío de representaciones (Piquard, 1987; Rezsohazy en Fontaine, 1992). En el caso de aquellos que viven en una

pobreza actual, pero que no la vivieron en un pasado, en un principio se encuentran fuertemente ligados a este pasado, a lo que antes eran y tenían como una forma de defenderse ante esta nueva y penosa situación. Sin embargo, llevar la vida de antes les es difícil dado que su situación económica no les permite seguir el ritmo consumista de su grupo social de origen. La vergüenza de no poder cumplir con las exigencias de los otros, los lleva a desligarse poco a poco con su mundo hasta cortar con todo aquello que anteriormente los identificaba, y a asumir la identidad del pobre, por veces llevada a extremos como en el caso de algunos vagabundos.

En cuanto al futuro, la persona en situación de pobreza difícilmente se centra en el futuro porque está preocupada por las situaciones inmediatas que la alteran y le exigen toda la atención. A esto se suma una visión fatalista del futuro que lleva a la persona a vivir una especie de hedonismo presente como una forma de adaptación a su condición. Es así como el pobre vive en lo inmediato, siendo el presente la dimensión dominante del tiempo (un ejemplo de esto es ver cómo el dinero es rápidamente gastado). Todo esto afecta en la realización de proyectos, los cuales son difíciles de poner en marcha dado que estos generalmente implican una relativa estabilidad económica y psicológica (Brébant, 1984; Fontaine, 1992).

En cuanto al espacio, la noción de éste se ve también afectada por la falta de espacio físico. El hacinamiento afecta a la familia en la medida en que impide la existencia de un espacio psicológico necesario para el encuentro, la comunicación y la intimidad, especialmente en la pareja. También el hacinamiento facilita la promiscuidad, el aglutinamiento y la dificultad de ser sí mismo (Correa y otras, 1987; Burquel, 1989). La falta de espacio físico en el hogar favorece la violencia entre los miembros de la familia y también la delincuencia en los jóvenes, en la medida que éstos pasan más tiempo en la calle junto a las bandas que los incentivan. El hecho también que los niños estén más tiempo en la calle, lejos de la mirada de sus padres, los hace más vulnerables a los peligros del exterior como por ejemplo: accidentes, drogas, abuso sexual y prostitución infantil.

Por otra parte, la noción espacio físico se encuentra también alterada debido a los constantes cambios sufridos (alojamiento provisorio, mudanza, interior frecuentemente modificado) y por la falta de estética, limpieza y orden tanto al interior de la vivienda como al exterior.

La Identidad

Muchos autores comparten una perspectiva dinámica de la identidad considerándola como el resultado de un proceso. En este proceso, existe un interjuego complejo de factores biológicos, psicológicos y sociales. La relación con otros seres humanos, los factores ambientales y la evolución biológica del individuo en el tiempo toman un importante rol. En este sentido, la persona vive un constante pro-

ceso de adaptación de la imagen del sí mismo, donde la flexibilidad para esto tiene que ver con su equilibrio mental (Barudy y Vieytes, 1986; Camilleri y otros, 1990).

Es importante destacar que la interacción juega un papel fundamental en la génesis y dinámica de la identidad. Es la interacción entre el sujeto y el mundo que lo rodea (los otros, el grupo o las estructuras sociales). Esta interacción no sólo es a nivel interpersonal sino también a nivel estructural (cultura, instituciones, historia e ideologías, entre otras). Desde el comienzo de la vida, la mirada del otro le envía a cada uno una imagen, una personalidad, modelos culturales y roles sociales, lo que el sujeto puede rechazar o aceptar, pero en relación a los cuales no puede evitar de determinarse (Barudy y Vieytes, 1986; Camilleri y otros, 1990).

En el caso de la pobreza, la estigmatización hiere la identidad del individuo logrando que ésta sea negativa y carente. Esta identidad negativa del pobre permite comprender muchos de sus comportamientos hacia otras clases, como por ejemplo: la inseguridad, la vergüenza, la timidez y la imitación. Esta identidad negativa se relaciona con la vergüenza y la autoestima baja, vistas anteriormente. Todo esto genera angustia y culpa, y para defenderse de esto el pobre emplea mecanismos de defensa tales como la negación y la introyección. Con la introyección incorpora normas, valores y conductas de otras clases sociales para así asemejarse a ellas. La introyección misma cumple la función de disminuir la autoimagen negativa. La persona se dice a sí mismo: "yo soy el que no soy". En la negación, el pobre trata de negar la autoimagen de carencia e inferioridad diciéndose: "yo no soy el que soy" (Gissi, 1986). Es así como el pobre vive una ambivalencia respecto a su identidad al tratar de negar sus orígenes con los cuales se ha identificado y al tratar de identificarse con otro grupo social que no lo considera como un miembro.

Se observa también que los pobres al interpretar su posición social, en cuanto a la producción y al poder, no consideran la influencia de determinantes sociales en sus destinos individuales. Por el contrario, justifican la discriminación y explotación que sufren como consecuencia de su propia falta de capacidades (Bernstein, 1972 en Camilleri, 1990).

Por otra parte, en estas personas su identidad equivale a una cierta alienación del Yo en la medida que estos grupos sociales no pueden tomar conciencia de su identidad a partir de lo que poseen, sino a partir de lo que han sido privados (Hoggart, 1970 en Camilleri, 1990). Esta identidad alienada conlleva a la marginalidad e impide que el sujeto tome un rol activo en el cambio social.

Libine (1991) plantea que los que viven en la pobreza debido a cambios socioeconómicos pueden sufrir una crisis de identidad. El individuo, identificado con el grupo dominante, ha perdido ciertos atributos de su grupo y se encuentra incapaz de concordar su nueva realidad con sus referencias identitarias. Todas sus referencias sociales se encuentran al interior del grupo al cual ya no pertenece. Una distorsión importante entre su realidad y sus ideales sociales lo pone en una situación de desequilibrio generador de frustraciones y angustia. No cambia la identidad del sujeto,

sino su respuesta. Una nueva estrategia debe operar. Si ninguna estrategia elaborada por el sujeto le permite alcanzar su objetivo, se desarrollan conductas irracionales que pueden conducir a la patología.

La desestructuración de la identidad aparece cuando existe una incompatibilidad entre la imagen del sí mismo y la percepción de los otros, y cuando las estrategias habituales de compensación son inoperantes. Por ejemplo, el padre de familia que pierde su empleo mantiene su sentido de pertenencia a su grupo originario identificándose con él. Sin embargo, al presentarse en los servicios de ayuda social no será considerado como miembro del grupo. Se verá a través de los ojos de los otros como diferente, y sentirá esa diferencia como un estigma individual generador de vergüenza. Esta vergüenza lo llevará a desarrollar estrategias, tales como el encerrarse en sí mismo, la mantención de apariencias exteriores y la mentira. Estas conductas le provocarán un malestar permanente que será la prueba de su incapacidad de mantener la compatibilidad entre su deseo de identificación y su realidad. Por otra parte, la no realización de sus roles tradicionales (padre, esposo) destruirá la coherencia interna de sus identificaciones. El sujeto se sentirá negado, ya no se reconocerá ante los otros. Privado de sus identificaciones precedentes y situado frente a nuevos modelos que él desvaloriza, el sujeto intentará salir de esta situación a través del alcohol, la fuga o la violencia. La persona es incapaz de desarrollar estrategias de identificación valorizantes, compatibles con su realidad y coherentes con sus identificaciones precedentes.

También se ha observado una desestructuración familiar cuando el niño entra a la escuela lo que afectaría la identidad y autoestima de los padres al perder su rol de educadores (Faelli, 1989). Los hijos al estudiar superan a sus padres lo que provoca en ambos fuertes sentimientos de ambivalencia uno respecto al otro y en relación a los estudios. El niño, antes de ir a la escuela, ha vivido en un grupo relativamente homogéneo por lo tanto no ha tenido dificultad de identificarse con su medio familiar. Sin embargo, al entrar a la escuela se encuentra con un medio muy diferente al suyo. Sus elementos identitarios no le permiten reconocerse ni ser reconocido en este nuevo contexto. Para poder integrarse, el niño deberá renegar los valores familiares. Ubicado entre estas dos zonas de identificación, el niño no logra desarrollar una estrategia que le permita identificarse a la vez con ambos grupos (familiar y escolar). Esto explica, entre otras cosas, el fracaso escolar.

Los inmigrantes y los refugiados políticos pueden también sufrir una destructuración de la identidad. La migración implica un cambio abrupto de referencias y situaciones que definen roles sociales diferentes. Los inmigrantes son confrontados, en el país de inmigración, a miradas que les asignan identidades nuevas, generalmente desvalorizantes. La confrontación a una nueva realidad hace necesario remodelar la identidad, lo cual es doloroso (Taboada-Leonetti en Camilleri, 1990). En el caso de muchos refugiados políticos, éstos no sólo cambian de sociedad sino que también descienden en su escala social encontrándose en una situación de precarie-

dad. Además, a toda esta confrontación con una nueva sociedad se suma la violencia y el atropello a sus derechos vivido en el país de origen (persecución, tortura, prisión, asesinatos, destierro) lo que afectaría gravemente su identidad y autoestima (Barudy y Vieytes, 1986).

Comentarios finales

La pobreza es un fenómeno complejo. Si bien existen elementos que son básicos y universales para la definición de ésta, algunos autores difieren en su conceptualización y categorización. Estas diferencias, como también sus elementos comunes, nos permiten conocer y ampliar el concepto de pobreza y sus categorizaciones tradicionalmente utilizadas las cuales se refieren, generalmente, a las clases populares pertenecientes a la pobreza estructural y permanente.

Creemos que para la elaboración y aplicación de un programa de intervención, se hace importante tomar en cuenta los distintos tipos de pobreza y sus diferentes poblaciones. Como se dijo anteriormente, estas diferentes categorizaciones de la pobreza tienen elementos en común que la definen y que le dan un carácter universal. Pero también existen diferencias marcadas por parámetros objetivos y concretos, como por ejemplo el ingreso económico, la seguridad social, el nivel de escolarización, la historia individual y familiar y el nivel de integración al sistema dominante, entre otros. Estas diferencias hacen que las poblaciones afectadas sean diferentes tanto en sus características objetivas como también en sus vivencias subjetivas de la pobreza. Considerar la heterogeneidad de la pobreza, permite al profesional trabajar de manera más precisa y adecuada, según las necesidades de la población. Meter a todos los pobres en el mismo "saco" podría conducir a realizar una inadecuada intervención.

Hemos visto que la marginalidad y la exclusión, relacionadas a la pobreza, son un riesgo para la salud mental de las personas. El individuo es enajenado, rechazado, excluído e ignorado. Este no se siente reconocido por los demás e incluso no se reconoce ni él mismo. La persona se siente desvalorada y se autodesvaloriza, lo que disminuye su autoestima y, por ende, afecta su identidad. En resumen, la identidad de un individuo se relaciona con factores sociales que, en el caso de la pobreza y de la movilización social (cambio de clase social), la podrían afectar negativamente, arriesgando el equilibrio psíquico de la persona. Por otra parte, el individuo vive un constante proceso de adaptación de la imagen de sí, en el cual, ante los cambios vividos, es importante la flexibilidad y el uso de estrategias identitarias que favorezcan su desarrollo como individuo. En este sentido, en el contexto de pobreza se hace necesario trabajar con la identidad del individuo, interviniendo de manera preventiva y terapéutica, en todo aquello que afecta su autoimagen y en el desarrollo estrategias identitarias adecuadas.

Por otra parte, es muy importante distinguir si algunas consecuencias psicológicas se deben a conductas adaptativas del individuo o al desarrollo de una patología. En caso que se manifieste una sintomatología "patológica", ésta debe ser siempre comprendida y abordada en el contexto en el cual se desarrolló. La sintomatología tiene una lectura bio-psico-social que requiere una intervención en estos tres niveles. Algunas conductas no constituyen necesariamente una respuesta patológica, sino que más bien una adaptación que permite conservar momentáneamente el equilibrio e integridad de la persona. Este tipo de respuestas pueden ser muy adaptativas en un momento determinado, pero pueden ir en desmedro del desarrollo integral adecuado del individuo, en la medida que se rigidizan y no permiten el cambio. Por otra parte, estas respuestas pueden constituir respuestas culturales fuertemente arraigadas. En este sentido, también se hace necesario distinguir entre respuesta adaptativa y conducta cultural. A veces algunas respuestas adaptativas son erróneamente comprendidas como características de una cultura particular. Dado lo anterior, se hace muy importante el diagnóstico adecuado de estas conductas que permita orientar lo más apropiadamente posible la intervención. Ante las conductas adaptativas y culturales, el profesional debe evaluar la necesidad de una intervención, es decir, evaluar en qué medida resulta beneficioso para las personas un cambio en determinado momento. Se intenta respetar la cultura del otro, y este respeto implica que el profesional no insista en una toma de conciencia, en las personas, de aquello que ha sido percibido como problema solamente por él. Sin embargo, se considera importante entregar alternativas para que las personas puedan elegir libremente aquello que les ayude a enfrentar mejor su realidad.

La incorporación de lo social, en el trabajo psicológico, se ha convertido en un elemento de mucha importancia. Esto ha permitido evitar la "privatización" de una problemática que no es necesariamente individual, sino que más bien corresponde a dinámicas socio-culturales. Este enfoque evita la "psiquiatrización" de los problemas y la estigmatización del individuo, orientándose principalmente al trabajo, tanto clínico como preventivo, de utilización de los recursos de la persona, de su entorno más próximo, y de la sociedad. No se excluye lo individual, lo cual es considerado dentro de un sistema global.

Esta lectura compleja de las dinámicas psicológicas, en la que se incorporan otras dimensiones en juego, podría llevar al profesional a meterse en dominios que no le corresponden y a intentar abarcar un campo demasiado amplio en su acción. Si bien es importante y necesaria la apertura a diferentes actividades que enriquezcan y complementen la labor, creemos que también es importante estar atento a no caer en una especie de acción "megalomaniaca" al intentar abarcarlo todo. Los problemas relacionados a la pobreza y a la marginalidad son múltiples, por lo cual se necesita un trabajo multidisciplinario y de redes. La sobrerrealización de actividades y el cumplimiento de roles no correspondientes, conducen al profesional a: un fuerte desgaste innecesario de energías; a confundirse con los objetivos que orien-

tan la acción; a una disminución en el contacto e intercambio con los otros miembros del equipo dado la falta de tiempo; y a una disminución en la calidad de la atención a la persona. En resumen, esto podría llevar al fracaso de la intervención.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARUDY, J.; & Vieytes, C. (1986). *EL dolor invisible de la tortura.* Ediciones Franja.

BRÉBANT, B. (1984). *La pauvreté, un destin?.* Paris: Editions L' Harmattan.

BURQUEL, C. (1989). *La psychiatrisation du social, de dangers et ses enjeux cliniques.* Colloque: Pauvreté y Santé Mentale, Bruxelles.

CAMILLERI, C.; Kastersztein, J.; Lipiansky, E.M.; Malewska-Peyre, H.; Taboada-Leonetti, I.; & Vasquez,A. (Eds) (1990). *Stratégies identitaires.* Presses Universitaires de France.

CORREA, L., Herrera, X., Moya, T., & Benavides, M. (1987). *Manual de capacitación de monitores para el trabajo con padres de nivel socio-económico bajo.* Tesis para optar al título de psicólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile. Escuela de Psicología, Santiago.

DIUANA, M., Jackson, K., & Pérez, V. (1990). *Reformulación, aplicación y evaluación de un programa de capacitación de monitores de pareja.* Tesis para optar al título de psicólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile, Escuela de Psicología, Santiago

DIUANA, M (1993). *Pobreza, Marginalidad y Salud Mental.* Rapport de stage en vue de l'obtention du Certificat de Spécialisation en Psychologie. Université Catholique de Louvain, Louvain-La-Neuve, Bélgica.

FAELLI, S. (1989). *Pauvreté et sante mentale, une necessaire rencontre.* Colloque: Pauvreté et Santé Mentale, Bruxelles.

FONTAINE, P. (1992). Le temps et les familles sous-prolétaires. *Thérapie Familiale,* vol. 13, pp. 297-326. Geneve.

GAULEJAC, V. de (1989). *Honte, humiliation et pauvreté.* Colloque: Pauvreté et Santé Mentale, Bruxelles.

GERMANI, G. (1980). *Marginality.* New Bruswick, New Jersey: Transaction Books.

GISSI, J. (1986). *Psicosociología de la pobreza.* Cuaderno de Psicología n.° 5, Pontificia Universidad Católica de Chile. Escuela de Psicología, Santiago.

LABBENS, J. (1978). *Sociologie de la pauvreté: Le tiers monde et le quart monde.* Paris: Gallimard.

LEWIS, O. (1965). *Los hijos de Sanchez.* Méjico: Joaquín Mortiz.

LIBINE, J-P. (1991). *Pauvreté et Santé Mentale.* Centre de Guidance Psychologique et de Prévention Social La Louvière, Belgique.

PIQUARD, A., Capiomont, Gh. et al. (1987). A la rencontre de l'enfant de milieu très défavorisé ou ambuguïté du regard psychiatriques sur "ces gens-là". *Psychiatrie de l'enfant,* 30 (1), pp. 167-207.

STOFFELS, M-G. (1989). *Le Quart-Monde en Belgique.* Annales Cardijn n.° 6, Louvain La-Neuve.

VEKERMANS, & R.; Silva, I. (1969) *Marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico.* Santiago de Chile: Desal. Barcelona: Editoriales Herder.